

HOMILÍA PARA LA CLAUSURA DEL ENCUENTRO DE VISITADORES GENERALES
18 de noviembre de 2022

Dedicación de las basílicas de los Santos Pedro y Pablo

Queridos hermanos, al final de nuestro encuentro la liturgia nos invita a celebrar la memoria de las basílicas de San Pedro y San Pablo aquí en Roma, donde se veneran las reliquias de los santos apóstoles, pilares de nuestra fe. La ocasión de esta conmemoración litúrgica me da la oportunidad de retomar la palabra de testimonio que caracteriza a los apóstoles Pedro y Pablo.

El servicio a los hermanos que se nos pide como ministros y siervos es ante todo un testimonio, antes de hacer algo por los demás. Y el testimonio es posible, nos lo dice el Apocalipsis, porque hemos aceptado y hecho nuestro, incluso devorado, el pequeño libro de la palabra de Dios.

Cuando aceptamos esta palabra y la dejamos que se convierta una sola con nosotros, entonces podemos empezar a ser testigos. No es fácil, de hecho, el Apocalipsis nos dice que este librito nos llenará las entrañas de amargura: *“Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu”*, lo afirma la carta a los Hebreos (4,12). El testimonio nace de esta lucha, de este dejarse realmente traspasar por la verdad que sólo Dios es capaz hacer en nuestra vida.

Aquí es donde se purifican todas nuestras intenciones de hacer algo por nuestros hermanos para cambiarlos o algo parecido. Podremos transmitir completamente lo que primero dejamos pasar por nuestra vida y la transforma. Sólo esta voluntad nos hace humildes y menores ante nuestros hermanos. Sólo así podremos, si Dios quiere y lo permite, llegar al corazón y a la vida de nuestros hermanos, especialmente de los que llamamos más difíciles. Sólo aquellos que se han dejado atravesar de esta manera y han aceptado que la verdad se haga en sus vidas serán servidores de la vida plena de sus hermanos.

Esta es la primera palabra para concluir nuestro encuentro.

Otra palabra nos viene del Evangelio de Lucas: La Iglesia, nuestra fraternidad en ella, es una casa de oración. Esto significa ofrecer a Dios el único culto que le agrada, el de la vida, como nos recuerda la carta a los Romanos: *“Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual”* (Rm 12,1). Escuchemos la vida de nuestros hermanos y acojámosla, sabiendo que ahí está el culto espiritual que cada uno ofrece a Dios y ahí está la posibilidad de que cada uno crezca en la fe y en el conocimiento del Señor. Nuestra fraternidad es una casa de oración si deja que el amor viva en la vida de cada uno de nosotros y en la vida de los que encontramos y acogemos, en los lugares donde trabajan nuestros hermanos, en las camas donde sufren nuestros hermanos enfermos, en el camino que muchos de nosotros recorremos con fatiga o con canciones.

El cristiano y el fraile menor, templo vivo del Espíritu, es capaz de consagrar todos los espacios de su vida, de hacer de ellos Iglesia, es decir, fraternidad, casa de oración, de escucha, de comunión.

San Francisco escuchó el Evangelio con todo su corazón, lo devoró de verdad y se convirtió en su heraldo. Por eso nos dejó el Evangelio como única regla de vida, para que, una vez aceptado, lo demostráramos con nuestra vida ante las palabras. Que en nuestro servicio como ministros y servidores, el Señor nos dé la gracia de mostrar su Evangelio con

nuestra vida, con nuestros gestos, con nuestras miradas, con la disposición y apertura de la misericordia, y de promover todo lo que nos parezca positivo, aunque sea muy poco.

San Francisco, nos dice Tomás de Celano, “*no fue solo un hombre orante, sino un hombre que hecho oración*” (cfr. 2Cel, 95). No se trata de que en nuestras casas sólo se recen algunas oraciones, se tenga una capilla, sino saber vivir toda la vida como el espacio donde pertenecemos totalmente al Señor, aprendemos a dirigirnos a Él y a acoger su presencia cada vez más profundamente. Que el Señor nos ayude a vivir nuestro servicio como ministros y servidores en la oración, dispuestos a alabarle por la vida de nuestros hermanos y hermanas y a devolverle todo lo que hemos recibido.

Entonces seremos bendecidos con la bienaventuranza de la fraternidad en la que Dios, nuestro padre, nos hace saber que somos sus hijos amados. Tengan un buen camino de testimonio y oración para vivir según el corazón de Dios en el servicio que se les ha pedido.

Fr. Massimo Fusarelli OFM

Ministro general